

3. De cómo dejé de ser mi otra posibilidad

Adriana Gil-Juárez

“... hay que tener en cuenta que los beneficios que produce la lectura de obras literarias son muy tenues. En lo moral, muy dudosos, y en cuanto al conocimiento que dan en la vida, inaplicables. Nunca he oído a nadie decir: ‘Me salvé porque apliqué las enseñanzas contenidas en Fortunata y Jacinta’... La lectura es un acto libre. Y si no le apetece a uno ningún libro, no lee, y no se ha perdido gran cosa.”

JORGE IBARGÜENGOITIA 1928-1983

Mi mamá desesperada por leer y mi tía con sus Vanidades

A mí de pequeña no me dijo nunca nadie que era bueno leer, ni siquiera que fuera divertido o como mínimo un entretenimiento. Mi madre leía todo lo que le pasaba por delante, y cuando digo todo, es todo: folletos, posters, instrucciones, cajas de cereales, el *Teleguía*, el

Selecciones del Reader's Digest,¹ circulares, panfletos y Shakespeare, por ejemplo. Pero lo vivía como algo inevitable y no como algo agradable, decía que tenía la necesidad de leerlo todo, que no podía parar. De hecho, le pasábamos todo cuanto caía en nuestras manos para calmar sus “ansias”, sobre todo prestado, porque no recuerdo que mi mamá haya gastado nunca en un libro.

Así que nunca sospeché que la lectura fuera algo interesante, ni remotamente parecido a un placer, como se suele decir. Sabía que cada vez que me daban los libros de texto en la escuela, ella me esperaba impaciente en casa para acabárselos casi de una sentada, pero lo hacía con el mismo ánimo que limpiaba, lavaba, planchaba o preparaba la comida. Sólo la dejaron ir hasta tercero de primaria, porque el resto de la escuela era para los chicos, que sí que le iban a sacar provecho, y no iban a desperdiciar ese gasto casándose, como iba a ser su caso. Así que leer era su consigna, pero nunca me recomendó un libro, ni me leyó tampoco ninguno.

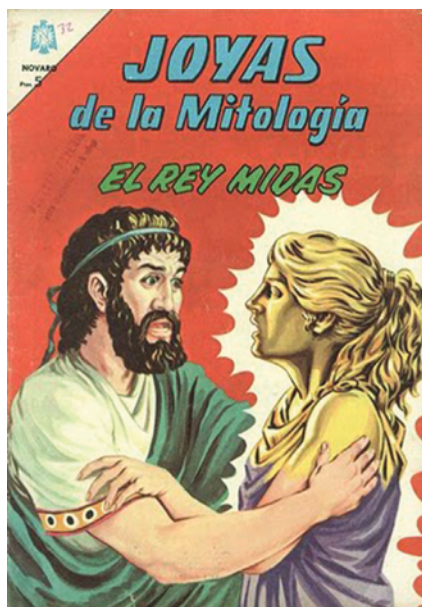
No tengo recuerdos de que hubiera una estantería con libros en casa, aunque de haberla, la hubo, porque recuerdo perfectamente que, siendo niña, un día que estaba muy enfadada porque me enviaron a mirar una definición en el diccionario en vez de decírmela, tiré todo lo que había a ambos lados de mi nunca bien amado *Pequeño Larousse Ilustrado*, sólo para mostrar que era mejor decirme el significado de las palabras y no enviarme a buscarlo. Pues bien, de esos libros que cayeron al suelo, no tengo ni la menor idea. Sé que algún familiar me había regalado la típica enciclopedia escolar, y como decía, sé de cierto que mi mamá siempre estaba leyendo algo, cualquier cosa siempre que fuera legible, pero no tengo ni idea de qué era.

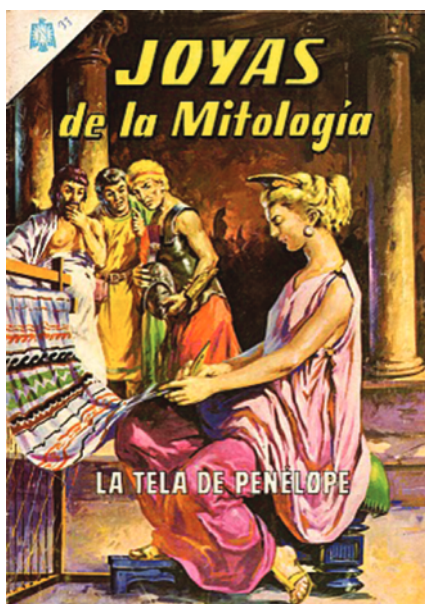
En cambio, sé perfectamente cuáles eran los tesoros impresos que mi mamá custodiaba con celo: *Las Joyas de la Mitología*. Se trataba de una de las colecciones de los “cuentos”, los comics mexicanos, de edición y precio súper popular, de la Editorial Novaro, que se podían comprar cada semana o cada quince días en los puestos de periódico.

¹ ¿Qué caramba quiere decir eso? –me preguntaba cada vez que lo veía.

Mitología de todos lados, de los indios de Nuevo México, de los indios de las Antillas, de los indios Nahuas, de los Nibelungos, de los Vikingos, etc. Pero los que mi mamá guardaba con verdadera devoción eran los de la Mitología Griega. Le fascinaban, pero no los sacaba para que no se maltrataran, mojaran, empolvaren, mancharan o rompieran. Se contentaba con recordarlos, con repetirse lo que supongo alguna vez había leído en ellos.

Por supuesto, esto fue motivo más que suficiente para que yo hiciera arduas búsquedas por toda la casa, que no era en absoluto grande pero sí llena de recovecos, hasta que finalmente di con su escondite secreto. Pude leer algunos, pocos en comparación a lo que me habría gustado, pero muchos más de los que mi mamá habría querido o imaginado. El Vello de Oro, La venganza de Medea, Perseo y la Gorgona, El fin del Minotauro, El Rapto de Perséfone, La Tela de Penélope, El Rey Midas, El Laberinto de Creta, Hércules el invencible... y tengo la sensación de que algunos otros, pero no logro recordar sus títulos.





Tenía muy claro que no podía conversar de ello con nadie, pero no me pareció que eso incluyera a mi amiga-vecina de entonces, lo que pasa es que a ella no le interesó en absoluto el tema. De hecho, recuerdo muy bien sus grandes ojos negros y su cara de sorpresa cuando me preguntó “¿y tú los lees aunque no te manden a la fuerza?”. Así que cuando más tarde me re-encontré con algunas de estas historias “teniendo” que leer la *Iliada* y la *Odisea*, dejé que mis amigas-compañeras de la escuela hablaran de lo aburridos que eran esos libros, sin poner apenas objeción, y asentí también cada vez que decían que sólo lo hacíamos porque nos obligaban, porque la chica teníamos muchos quehaceres.

Yo sabía que era muy importante guardarlos, preservarlos, pero no entendía muy bien para qué. Por lo poco que yo entendía entonces, no había ningún plan para leerlos más adelante, sólo había que conservarlos. Por cierto que no sé qué fue de ellos, esa información es parte de lo que a una niña no le concierne, pero sospecho que se vendieron en uno de tantos momentos de necesidad, y a lo mejor ése era uno de sus posibles cometidos.



Cuando mi mamá y yo fuimos a vivir con mis tíos, fui testigo de otro tesoro similar. Las revistas *Vanidades* de mi tía no se tocaban, no se prestaban, no se movían de su sitio y por supuesto, no se leían sin su presencia. Ella las enseñaba, las resumía, comentaba los números especiales y temáticos, describía las secciones, los artículos, los reportajes, las portadas, las recetas, los consejos de moda y belleza y a poco que uno escuchara a mi tía, resultaba evidente que había aprendido mucho de ellas.

Me llamaba mucho la atención cómo sabía la vida de actores y famosos, extranjeros básicamente, y cómo sabía de preparar cócteles que nunca tomábamos, o de los mejores sitios para comprar cosas que estaban claramente fuera de nuestro alcance. Pero igualmente era una delicia observarla extender sus revistas favoritas sobre la mesa y ser la comisaria de su exposición, que cambiaba según los números que escogía comentar cada vez y se matizaba en función del tema que la hubiera llevado a sacarlas.

Cuando uno preguntaba sobre un tema particular, ella seguro que encontraba cómo relacionarlo con alguno de los números de sus revistas y, cual bibliotecaria, ofrecía la referencia y aconsejaba la lectura específica de alguno de sus apartados. Varias veces me sorprendí sugiriendo a alguien que preguntara algo a mi tía que yo sabía que ella podría contestar a través de sus revistas. Me encantaba ver el despliegue y la puesta en escena de sus *Vanidades*.

Dejó de hacerlo cuando ya no pudo seguir actualizando su colección. Ella decía que lo dejaba porque ya no cabían en ningún sitio, y aunque era cierto que ocupaban espacio, lo que estaba claro es que no se podía mantener indefinidamente un gasto tan regular y tan “superfluo” como ése, en un mundo tan adulto como el nuestro.

Se conformó con el *Teleguía* que era mucho más barato, y con alguno que otro *Selecciones del Reader's Digest* que milagrosamente también caía por aquella casa, pero ninguna otra publicación sacó ese brillo en sus ojos ni la entusiasmó tanto como sus revistas. Tampoco sé qué fue de ellas, sé que cuando se convirtió en abuela, su lugar lo ocuparon revistas de manualidades y de enseres del hogar

que básicamente hacía para sus nietos y para vender entre conocidas y vecinas. Para mí estaba claro que estas nuevas revistas no habían llenado el hueco de las otras, así que de estas dos experiencias aprendí con toda certitud que era fundamental guardar a buen recaudo mis *joyas impresas* y tener mi propia colección de *vanidades*.



De “La hormiguita Cuquis” a los *Cuentos del País de las Nieves*

Yo no podía ganar en casi nada a mis compañeras y compañeros de la escuela, no al menos en nada que fuera una competencia con todas las de la ley, y menos aún si era un deporte, pero cuando supe que había un concurso para escribir un cuento, tuve claro que en eso sí, al menos podía presentarme.

Así que me di a la tarea, que no era poca cosa. Mi mamá, después de muchos ruegos, me había comprado una Olivetti Lettera 35, a plazos, gracias a nuestra vecina y su tarjeta de crédito de un gran almacén. El hardware estaba, pero no es que tuviera yo mucha

experiencia en escribir cuentos en cuarto grado de primaria, y mi acervo de historias se reducía a una mezcla entre Cri-cri,² y Disney.

Sin embargo, mi mamá me había acostumbrado a explicar historias. Me pedía que le dijera lo que habíamos hecho en la escuela, y cuando encontraba un tema de su agrado, me pedía que se lo contara con detenimiento. Pero también le hacía de juglar con telenovelas y con sucesos cotidianos, como fiestas de cumpleaños de las vecinas o salidas al cine con mi padre. Le gustaba que se lo fuera explicando todo, despacio y con detalles, dibujando con calma tanto anécdotas como escenarios.

Me enseñó a poner orden y concierto en los relatos y a conseguir que las secuencias fueran lógicas para ella. Una y otra vez me pedía que le repitiera frases y que estableciera causas, efectos, intenciones, argumentos, enredos y desencuentros. De manera que todo le resultara comprensible, con sentido. Como ella tenía mucho que hacer, y yo sólo podía ayudarla parcialmente por imposibilidades de mi edad según parece, me daba el encargo de contárselo todo, y así le iba yo haciendo menos largas las jornadas y los fines de semana. Entonces pensé que podía contar una historia más, pero esta vez por escrito.

De ahí salió “La hormiguita Cuquis”, un cuento con moraleja, como era de esperarse de una niña de mi edad. Yo sabía que había hecho algo bueno, que me merecía un premio, y cuando me comunicaron las maestras que había ganado, sobre todo tenía muchas ganas de saber qué me darían ¿Juguetes? ¿Dulces? ¿Helados? ¿Patinas? No importaba mucho, seguro que sería un gran premio. Justo después de la ceremonia a la bandera de los lunes, en el patio de la escuela, antes de que enviaran a cada grupo a sus respectivas aulas, salió la directora y pidió la atención de todos. No era habitual que ella saliera, así que adiviné que había llegado el momento de recibir mi premio. Pero para mi sorpresa, me dieron un libro. ¿Eso es un premio? -pensé yo.

¡Tanto trabajar para ganar un triste libro! –seguía pensando. Y literalmente, sí que era triste, princesas pequeñas con dientes de

² http://es.wikipedia.org/wiki/Francisco_Gabilondo_Soler.

hierro que se comen a sus hermanos, niñas que son condenadas a ser la novia del invierno y a morir de frío solas en el bosque, otras niñas que mueren de frío en la calle y encima con hambre porque son pobrísimas, madrastras que son brujas literalmente y que se alimentan de las entrañas de su familia, niñas que no pudieron realizar las pruebas imposibles que habían sido impuestas por la magia y tuvieron que morir... y algunos otros que ya no recuerdo, pero el espíritu era ese en mi premio-libro de *Cuentos del País de las Nieves*. Nada que ver con las historias a las que estaba acostumbrada, pero tenía unas ilustraciones preciosas, a las que desde luego no estaba habituada tampoco.

Reconozco que al principio me costó un poco leerlos, un par de historias me provocaron miedo de verdad. Me cautivaron más, sobre todo, los cuentos rusos. Mi segundo intento fue fallido, el nuevo concurso se trataba de escribir algo sobre el mar, y como al final, los cuentos de las nieves me habían robado el corazón, decidí ganarme otro de *esos* libros raros que no sabía conseguir de otra forma.

Pero una vez tenía escrito mi segundo cuento, resultó que el concurso especificaba que se trataba del niño y el mar, no de la niña y el mar, y las maestras, o habían omitido esa información, o no la habían leído cuando nos animaron a todos y todas a participar. Parece que nadie quería fomentar en las niñas el amor por la marina, así que fue uno de los primeros portazos en la cara que me llevé por no ser del sexo adecuado. Una de las maestras sugirió enviarlo con seudónimo, pero parece ser que se pensó que después sería muy complicado recoger el premio y se decidió que me retirara y punto. Así que ahí acabo mi cuento sobre el mar, que por supuesto versaba sobre una sirena.

Lo mejor de todo es que se corrió la voz entre familiares y conocidos de que me gustaban los cuentos “raros”, de otros lugares y atmósferas, y gracias a ello pude leer *El pájaro de fuego* y *El Cascanueces*, de la editorial Extemporánea, también ilustrados, también en pasta dura y gran tamaño, pero lo más importante, los recibí como regalo. Finalmente, sí que eran un premio.

Puros Cuentos

Algún alguien, de entre los conocidos, vecinos, amigos de la familia o vaya usted a saber quién, me prestó un par de cuentos ilustrados de una pandilla que pasaba el verano en una casa en la copa de un árbol, en plena naturaleza, aledaña a la casa de verano que se suponía normal y corriente. Estaban no se sabe dónde; la historia y las ilustraciones eran así, sin más contexto. Los dibujos eran de unos colores tenues pero firmes, que hacían pensar que esos parajes eran dignos de explorarse. El desgarbo de los niños era omnipresente, la manera de hablar y relacionarse entre niños y niñas era muy rara, no jugaban separados y no había diferencia entre ellos, entre lo que hacían y decían unos y otras.

Ellas podían hacer cualquier cosa que pudieran hacer ellos y viceversa también. Eran blancos, rubios algunos y la protagonista era pelirroja, algo que no había visto hasta entonces. Además llevaba el cabello corto y despeinado. Vestían como querían, y hacían lo que querían también durante el día, no había adultos de por medio, ni ordenándoles cosas ni organizándoles el día. No hacían nada más que jugar y “tener aventuras”, que tampoco entendía del todo por qué eran interesantes. No ayudaban en casa, ni tenían niños pequeños o viejos a su cargo, ni había vecinos por ahí. Tampoco eran todos hermanos, eran primos o amigos, pero nunca salían las otras casas o los padres de nadie. No estaba muy claro qué edades tenían, ni qué comían.

El papel era grueso, y las letras muy agradables, las ilustraciones eran pocas pero grandes, salpicadas por todo el libro. Dejaban siempre con ganas de más, sólo insinuaban. Por ejemplo, se veía que ella se asomaba pero no se sabía nada sobre cómo era ese sitio al cual se asomaba. Se veía que caminaban a lo lejos, pero no había nada que permitiera hacerse una idea de hacia dónde se dirigían. Se sabía que regresaban a casa pero nunca veíamos la casa en sí, ni por dentro ni por fuera, sólo alguna esquina, alguna pared, alguna ventana, pero ni siquiera lo suficiente como para acabar de imaginar de qué tipo

era la casa. Y así todas las ilustraciones. Y justo eso, todo eso que no estaba, lo que no se veía ni se sabía, era lo que atraía poderosamente mi atención hacia esos cuentos. Como la tierra sin ley de los niños.

Me gustaron mucho, pero no los acababa de entender, era como si se tratara de una tribu extraña de un sitio ignoto, con ritos y costumbres chocantes. Para mí estaban llenos de sinsentidos. De entrada, eso del verano no lo entendía, en México no teníamos “El Verano”. Había vacaciones de la escuela, pero no se hacía nada en particular, ni hacía especialmente calor.

Tampoco entendía cómo podían estar tanto tiempo sin hacer nada. Cierto es que salíamos de vacaciones alguna vez, pero sólo eran unos pocos días, y siempre iba uno a visitar a la familia, y desde luego la hora de comer y lavar los platos no se las saltaba ni Dios. Por supuesto que una no iba despeinada, –ya me hubiera gustado, con las horas que pasaba mi madre cepillando mi larga cabellera–. Tampoco éramos amigos, niños y niñas, así como así; había que ponerse de acuerdo entre duras negociaciones, burlas y risas, y sólo para los juegos que no eran “bruscos”, y tampoco es que saliera yo sola por ahí a cualquier hora a correr aventuras y menos aún trepada en un árbol, ¡a dónde hubiéramos ido a parar!

Me gustaron tanto esos cuentos, como gustan las cosas extrañas, lejanas, y sin relación alguna con lo que una es. Me fascinaron, aunque a nadie más a mi alrededor parecían suscitarle ningún interés. Pero todo lo prestado se devuelve, y no tengo ni idea de cómo se llamaban ni los cuentos ni los personajes, ni la editorial, y menos aún autores o dibujantes, nada de nada.

Como dije, no sé ni cómo llegaron a mis manos. Pero vívidamente recuerdo los dibujos, el aspecto de la protagonista, la incitación a la aventura, la provocación de esa independencia desconocida, los colores, la posibilidad de un espacio sin adultos y sin horarios, que niños y niñas no tenían porqué ser tan diferentes, la normalidad con que se ensuciaban, se rasgaban la ropa y se raspaban los zapatos, el color de su piel y de sus ojos, el que buscar una piedra o apilar unas ramas fuera una aventura por no sé qué canijo motivo. Todo eso

que no recuerdo con claridad, forma ya parte de mis memorias más nítidas, pero extravagantes. Claramente se trataba de un objeto que no pertenecía a nuestro mundo, y lógicamente, tuvo que salir de él.

Don Quijote en el Hospital

Resulta que por razones que ahora no vienen a cuento, a los trece años estuve ingresada muchos días en dos hospitales, primero en urgencias y luego en planta. Una vez pasado el susto y la crisis, sólo tenía que comer y dormir, y en cuanto empecé a sentirme un poco mejor, pensé que tenía mucho tiempo por delante y que podía aprovechar para hacer todo eso “que no había podido hacer antes por falta de tiempo” (sic).

Así que tan contenta, pedí a mi familia que me llevaran a *Don Quijote de la Mancha* para leer. De dónde me salió ese pendiente, no lo sé, pero también causó la extrañeza de mis cuidadores, quienes insistieron en que tal vez no era lo más adecuado a mi edad, ni tampoco lo más interesante. Insistí en que disponía de mucho tiempo libre, a lo que respondieron que si bien el tiempo era condición necesaria, no era condición suficiente “para entender la complejidad de ese texto”.

Yo, la verdad, no sabía a qué venían tantos remilgos; su calidad de obra universal no estaba en cuestión –aunque no sé por qué lo sabía yo–, y lo teníamos en casa en ese momento, así que no significaba ningún gasto extra. Tampoco decía en ningún sitio que un loco que luchaba contra molinos de viento estuviera contraindicado para los adolescentes. Ni parecía que yo fuera más tonta o menos lista que la media como para entenderlo, por muy antiguo que fuera su castellano –esos libros estaban escritos en castellano y aunque nosotros hablábamos español y parecía la misma cosa, no lo era del todo.

Así que continué insistiendo, yo tenía claro que tenía que leer unas cuantas obras fundamentales, y que en algún momento había que empezar con ellas. Finalmente me llevaron a *Don Quijote*, y lo

primero que me impresionó es que tenía más páginas de las que había calculado, tal vez ni siquiera la estancia en el hospital fuera lo bastante larga como para acabarlo. También me di cuenta enseguida de que fácil no era, había que leer cada página más de una vez, incluso había que releer varias veces algunos párrafos, y luego regresar para “pescar” el hilo de la historia. Pero algo que también tuve muy claro de inmediato es que había gracia y belleza, sí, belleza tal cual, en esa escritura tan peculiar.

Tengo pensamientos y sentimientos desordenados sobre él. Me gustó eso de que se burlara de la erudición. Me impresionó mucho, no sé si gratamente, que empezara con alabanzas hacia su obra, porque no había encontrado a nadie que lo hiciera en su lugar. Tal vez la modestia no era propia del castellano, pensé. Enloquecer por leer libros la verdad me inspiraba mucha ternura, y que lo suyo fuera ayudar a los desfavorecidos, y desde luego la fidelidad, de Sancho Panza me cautivó, pero aún más las conversaciones entre Sancho y el Quijote. Tenía muchos puntos a favor ese Cervantes, pero el que más, su sentido del humor. No sabía que se podía hacer eso en un libro “serio”.

Ya veía yo que eso de los adjetivos y la retórica le iban mucho, se tardaba un rato en llegar a la historia, parecía que lo que más le interesaba era describirlo todo, antes que narrar la acción. Pero una vez que entraba una en el meollo del asunto, la cosa era bastante divertida. Y como en la historia de “El curioso impertinente”, no era tan diferente de las telenovelas de mi mamá. Para mí estaba claro que los ideales eran posibles, y que en algún momento, les quedaría claro a todos los que criticaban al pobre caballero flaco.

Pero había cosas que no entendía y que me dificultaban su lectura, tan simple como que no había entendido que eso de La Mancha era un lugar que existía en “la realidad” con nombres y apellidos, por ejemplo, o saber lo que era una adarga, un morrión y un rocín. Aún no me sabía el truco de saltarse lo que una no entiende e intentar captar el sentido general de un texto, así que El Caballero de la Triste Figura me hizo detenerme a menudo a preguntar.

Y aparte de que preguntar lo que no entendía me llevó mucho tiempo, sucedió que sin diccionario ni adultos dispuestos a mano, la persona que tenía más cerca para preguntárselas era el primo del chico que estaba en la cama de al lado, que se la pasaba ahí todo el día y que por casualidad era guapísimo y muy simpático. Así que entre las innumerables visitas de los médicos y sus séquitos de estudiantes aprendices, el control parental que ya no me animó mucho y que le interesaba más vigilar a mis recientes “amistades” que saciar mi curiosidad, y la sorpresa de encontrar casi el primer romance a domicilio, no me quedó mucho tiempo más para el Ingenioso Hidalgo. Sólo terminé la primera parte, pero siempre con la convicción de que no acabarlo sólo había sido fruto de las circunstancias y no de la obra en sí. Aún conservo el propósito de acabarlo algún día, sólo espero no tener que regresar al hospital para ello.

¿La información es *Coqueta*?

Puede que tuviera casi doce años cuando pregunté en casa de mi padre cómo se enteraban ellos de las cosas de la vida. Quería saber cómo se enteraban de todo lo que pasaba, si no salían nunca, ni estaban en contacto con prácticamente nadie más, desde mi parcial punto de vista, claro está. Después de dudar un poco, me dijeron que ellos leían el periódico, pero los que yo veía en casa no es que me parecieran una gran fuente de información sobre la existencia. Tampoco creo que supiera qué información exactamente me hacía falta, ni para qué, lo único seguro es que presentía que no estaba en el *Ovaciones* ni en el *Últimas Noticias*.

“Y qué puedo leer yo” –pregunté. “Cosas de tu edad” –respondieron. Aunque bien mirado, lo de las cosas de la edad era una respuesta que servía para todo, lejos de cuestionarla, quise saber de inmediato a qué me daba derecho esa categoría. Así que después de una negociación, que no logro imaginar cómo fue a desembocar en la conclusión de que podría leerme una revista para adolescentes,

a partir de entonces me dieron un poco de dinero para comprarme cada quince días mi revista *Coqueta*. No creo que fuera eso a lo que me refiriera con información, ni tampoco recuerdo cuánto tiempo duró el trato, o por qué expiró, pero me hacía ilusión tener “mis” revistas y gracias a eso pude coleccionar un par de decenas o así. No hace falta ni tantito describir lo que se podía encontrar en ellas, es *vox populi*, y ya tampoco es que me acuerde, pero lo que sí que recuerdo muy bien son los “*Test*”. Primero eran muy simples, y poco a poco se fueron sofisticando, eran más largos y más complejos, sobre más temas y los “resultados” eran más interesantes. Es decir, pretendían decir más cosas sobre la personalidad de sus lectoras. Eran como los genes de hoy en día, había uno para cada cosa y toda la vida entera se podía explicar con ellos, pero de uno en uno.

Como en el mundo occidental no hay tema más fascinante que una misma, ésa era la sección a la que dedicaba toda mi atención. Y entonces fui notando sus regularidades, sus repeticiones, sus ambigüedades, sus dados por hecho, sus incongruencias, sus errores, y no obstante, la poderosa atracción que ejercían sobre cualquiera que inocentemente les dedicara una mirada. Me dediqué a compararlos, a cruzarlos, es decir, a contestar con las preguntas de uno los temas de otros, a intercambiar sus categorías y a comprobar que producían los mismos resultados básicamente. Pero más interesante aún, a corroborar que, aún sabiéndolo, ¡me encantaba seguir mirándolos y contestándolos! Incluso los comparé con los de otras revistas similares, por ejemplo, con los de las revistas de mi tía, y clasifiqué las revistas comparadas según la calidad de los “*test*” que tenían. No sé cómo acabé platicándoselo al orientador de la secundaria; yo quería saber su opinión sobre los *test* y si él los usaba para conocer a los alumnos. Me dijo que eso era “Psicoanálisis” (sic) y que se podía estudiar en la universidad si quería, y que era bueno aprovechar mi interés en ellos y en ayudar a los demás.

Parece que algunos compañeros de la escuela le habían dicho que yo daba buenos consejos a quien me los pidiera y que era muy “madura” para mi edad. Yo le dije que venía dando consejos desde

finales de la primaria y que no me costaba nada hacerlo por los demás y, aunque a veces podía ser mucho peor el remedio que la enfermedad, siempre avisaba que cada caso era diferente y que mi consejo sólo era lo que a mí se me ocurría, con lo poco que sabía de “sus problemas”.

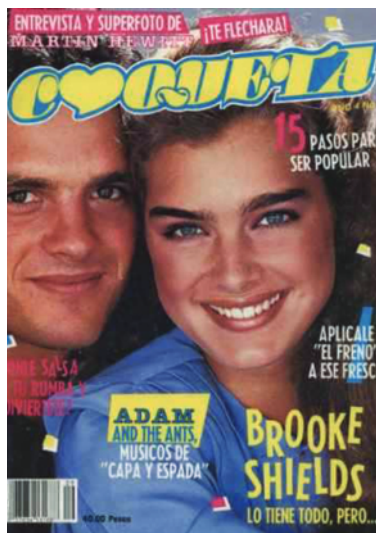
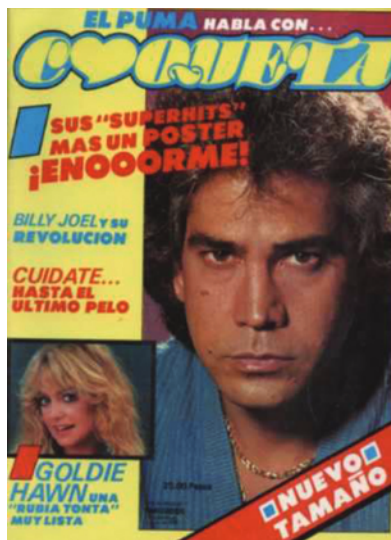
Pero yo insistí en que lo que realmente me interesaba era saber por qué, a pesar de saber que los *test* no dicen del todo la verdad, nos gusta hacerlos y cómo es que aún no diciéndonos nada muy complicado sobre nuestra personalidad, en algo aciertan sobre cómo somos. Y él, naturalmente, insistió en que era muy buena la inquietud como motivación para titularse, que muy pocas personas conseguían acabar una licenciatura y que sólo una persona de mi grupo de cincuenta podría llegar a hacer un doctorado. Cada quien con sus preocupaciones...

En la primera clase del CCH,³ el profesor de Psicología nos preguntó qué creíamos que se estudiaba en esa materia. Entonces vi mi oportunidad de resolver una antigua duda, por lo visto aún latente, y contesté: –“*Tests*”. Él lo confirmó y siguió listando los temas que se estudiaban y prosiguió con su clase. Al final de ella, me preguntó si me interesaban mucho los “Test Psicológicos” –¡ahora tenían apellido los *test*! Y le conté todas mis pesquisas adolescentes sobre ellos. No entró a hablar de mi argumento, pero me dijo que me recomendaba un libro, *Psicología, Ideología y Ciencia*, de Néstor Braunstein. Después de unas semanas, resultó que también lo usaríamos en clase, y yo ya lo había leído de arriba abajo. Ya decía yo que eso de la ideología era algo que estaba en más sitios que en los cerebros lavados de los militantes, y que eso de la ciencia no era tan aséptico como pretendían. Y no es que resolviera todos los interrogantes, pero ayudaba a materializar las dudas.

Seguro que me han hecho más recomendaciones de libros en la vida, y seguro que igual de buenas, pero ésta es la que recuerdo, y muy agradecida. Allí al fin descubrí que existía la Psicología Social, y a pesar de que no se dijeran cosas muy buenas de ella, eso de

³ Colegio de Ciencias y Humanidades (nivel Bachillerato).

ocuparse de las personas, no desde su ombligo si no desde lo que hacen cuando están juntas, me gustaba lo suficiente como para seguirla indagando.



Más vale sola...

Una vez pasado el experimento con las revistas propias de mi edad, mi segundo intento reformuló la demanda más específicamente. “¿Qué libros puedo leer yo?” –pregunté. Por supuesto la respuesta continuó siendo la misma: “Cosas de tu edad”. Sospechosamente, la conclusión fue que “necesitaba” orientación sobre algunos temas esenciales, como la familia, la pérdida de valores del mundo actual y los embarazos en adolescentes. Temas sobre los cuales los jóvenes andaban bastante perdidos, y luego pasaba lo que pasaba.

Y qué mejor manera de abordar estos temas que a cargo de la pluma que habitualmente habitaba la radiofrecuencia de la casa

paterna. En efecto, Ema Godoy, colaboradora habitual del programa “El Mundo de la Mujer” de la estación de libros XEW, había sido maestra de la Escuela Normal Superior, también escribía ensayo y poesía, se había doctorado en Filosofía y había estudiado Psicología y Pedagogía en la Universidad Nacional Autónoma de México, según sus biografías. Claro está que sus credenciales no era algo de lo que yo estuviera enterada entonces, ni tampoco era algo que hubiera afectado la opinión que tuve de su libro, que me dieron en calidad de guía espiritual para la rebeldía adolescente. Lo que era relevante para mí en ese momento es que su libro, *Que mis palabras te acompañen*, me había sido “sugerido” como lectura adecuada para mi edad.

Pero lo cierto es que no tenía desperdicio, se podía estar o no de acuerdo, y yo no lo estaba, pero no se podía negar que allí hubiera un posicionamiento con el cual se podía dialogar, se podía contraargumentar y, si una estaba atenta, permitía “pescar” elementos para elaborar un “texto” propio. Muchos pasajes eran francamente convincentes, y lo más inteligente es que no parecían extremos, ni descabellados consejos de gente grande para gente joven. A pesar de ello, no dejaba de ser un libro de lo que hoy llamaríamos “de autoayuda”, y yo con ese género no suelo relacionarme.

Parecía pues que había estado preguntando en el sitio equivocado, así que me dediqué a observar los puestos ambulantes de libros que estaban por el CCH. Caí en la cuenta de que la mayoría de los libros que me interesaban eran de la Editorial ERA, y desde entonces y aún ahora, siempre me fijo en qué libro nuevo han sacado. ERA tiene libros de muchas cosas, de literatura, de historia, de ensayo, de ciencias sociales y de arte, justo “en mi mero mole”.⁴ Y tiene autores que he leído con avidez y cariño: Carlos Monsiváis, José Emilio Pacheco, Rosario Castellanos, Adolfo Gilly, Elena Poniatowska y los que han escrito sobre Remedios Varo.

Y pensando en ellos, me puse a buscar la editorial en Internet y acabo de leer en la Wikipedia que:

⁴ Expresión mexicana que se usa para decir que algo me gusta mucho (“en mi mero mole”) o que se me da muy bien (“es mi mero mole”).

“la editorial tuvo como objetivo inicial publicar a autores con propuestas nuevas tanto en los contenidos como en las formas. El nombre proviene de las siglas de los fundadores (Espresate, Rojo y Azorín), quienes tenían en común entre otras cosas que eran exiliados españoles y compañeros de trabajo en una imprenta.”

Definitivamente esta editorial era lo que yo necesitaba para empezar a explorar qué era lo que yo podía leer, o mejor dicho, lo que yo quería leer. Desgraciadamente mi poder adquisitivo era casi nulo, y en total, en ese entonces habré comprado, como mucho, un par de libros de esa editorial. Pero leí unos cuantos más. Libros “socializados” o prestados, o leídos furtivamente en las librerías, pero leídos al fin y al cabo, que es lo que cuenta. ERA, fue lo que se dice todo un descubrimiento para alguien como yo, que no tenía ni la más remota idea de qué leer, y desde luego, fue una mejor compañía.

Padre y Pedro

El colmo fue cuando mi padre encontró *Pedro y el Capitán*, de Benedetti. Agarraba lo que estuviera por allí, cualquier periódico, libro o revista y se metía con él al baño, su salón de lectura preferido, donde se tomaba su tiempo. Cuando salió, consternado, con un tono serio, calmado pero grave, juraría que con los ojos llorosos, me dijo que “esa gente”, usaba mecanismos como “ese libro”, para convencer a adolescentes inmaduras y vulnerables como yo, que se dejaran matar por una causa perdida, que ni ellos mismos perseguían, pero que lo hacían ver porque sólo querían sacar provecho de la juventud para mejorar su situación particular.

Yo realmente no supe qué decir. Me esperaba una bronca enorme, una gran pelea como tuvimos tantas. Me esperaba que me dijera que era un panfleto, propaganda revolucionaria barata, cosas de comunistas que eran más dictadores aún que los capitalistas a los que acusaban, que no conocían la democracia, y un millón de

etcéteras que se habían repetido en más de una ocasión. Para eso estaba preparada, pero no para su preocupación paternalista –nunca mejor dicho.

Al verle afectado, me dio mucha pena. Por supuesto que no se lo dije, pero si de algo me servía su opinión, era para saber que tenía que estar absolutamente en contra de ella. Pensé que tenía que abordar todas las cosas lo más críticamente posible, y luego ya, volcarle toda la pasión que quisiera, al menos para tener argumentos de sobra para cuando él me interpelara. Parece que lo que más le preocupaba es que yo creyera que había alguna forma de resistirse a la autoridad, y a que con esa creencia sólo conseguiría problemas en el mejor de los casos.

Volví a leerme *Pedro y el capitán*, esta vez empáticamente, en el lugar de Pedro, sólo para saber si me seguía pareciendo tan genial como cuando lo había leído estando en contra del capitán. No negaré que fue una experiencia difícil, dura, pero pensé que finalmente todos nos posicionamos en un momento u otro, incluso cuando decimos que no lo hacemos. Pensar tan sólo en la posibilidad de la tortura duele, en carne y hueso, pero sobre todo duele en la táctica y la estrategia. En la indefensión aprendida, en la incerteza de que un cambio sea realmente viable.

Intenté decirle a mi padre que se trataba, más que de un caso concreto, de describir dos posiciones frente a la vida, de tipos de valores diferentes, de los mundos que eran posibles en cada caso, pero también de experiencias que habían sucedido en otros países, que sucedían en el nuestro, y de las que nadie se enteraba o hablaba. No sé que más dije, pero hablé durante mucho tiempo, exaltada y vehemente. Él me escucho, calló, negó con la cabeza, y sólo murmuló que ya me habían llenado la cabeza de tonterías y que ya no había nada que hacer.

Me sentó fatal el comentario, porque justo lo que quería evitar era ser acrítica, y además, me dejó con la sensación de que él y yo no nos entenderíamos nunca sobre eso. Tengo que reconocer que también me molestó mucho que pensara que “me habían llenado

la cabeza”, y que no me la podía llenar yo sola. Pero el trasfondo de su comentario se quedó conmigo, y me mantuvo en alerta durante muchos años. ¿Tan tonta le parecía?

¿Cómo es que a él le preocupaba que yo pudiera creer en los mártires cuando lo que había que preguntarse es cómo era posible que la gente normal torturara? A él le preocupaba que yo pusiera en un pedestal a un tonto que se dejaba matar “porque sí”; que hiciera de la derrota un himno y que creyera en la ideología como una frontera que nos separa de los otros, y no como una manera de vislumbrarnos de otra manera a todos nosotros. ¿Cómo es que no le interesaba que, aun en las peores condiciones, exista la resistencia?

Cuando indignada se lo conté a mi mejor amigo del CCH, lejos de indignarse, se rió a carcajadas, y no paraba de burlarse de mí por pelearme con mi papá “¡sólo por un libro!”, pero está claro que tanto mi papá como yo siempre supimos que nunca se trató sólo de un libro.

Los libros y cuadernos forrados de Adriana la Boba

¡Tan contenta que había llegado ese sábado en la tarde! Había aprovechado el seminario una barbaridad, y tenía ganas de platicarlo en casa. Incluso, logré contagiarle mi entusiasmo a mi progenitor por unos minutos, hasta que se le ocurrió mirar el libro que llevaba en el morral, para saber sobre qué tema habíamos trabajado. Es sobre la Revolución Rusa –contesté. “¿Pero esto es tarea de la escuela?” –preguntó. “No, se trata de una especie de club que hemos organizado algunas, para comentar textos que nos interesan, y hemos pedido a una compañera que sabe sobre el tema, que dirija las sesiones” –contesté muy didácticamente. Sin mediar palabra se levantó de la mesa y cuando le reñí por marcharse con la conversación a medias, me dijo que en cuanto dedicara mi tiempo y mis energías a conocimiento de verdad, entonces mi entusiasmo tendría sentido y volvería a hablar conmigo.

No estaba el horno para bollos, y no siempre me daba el cuerpo para defender cada cinco minutos mis convicciones, aparte de todo lo que tenía que hacer; ya se sabe que a los dieciséis o diecisiete una está muy ocupada, así que decidí camuflar mis libros y libretas de apuntes. Me había fijado ya en que algunas chicas pasaban completamente desapercibidas gracias a esta estratagema, que en su caso no lo era, claro. Ya ni les revisaban lo que leían o escribían, porque todo estaba cubierto de papel de ositos, florecitas o cualquier cosa que fuera color pastel. Así que después de dedicarme al “conocimiento de verdad” por un breve tiempo, para calmar los ánimos, me di a la tarea de buscar una serie de papeles para forrar mis libros y mis cuadernos para que parecieran lo más inofensivos posible.

Claro que yo también tenía que saber de qué libros y libretas se trataba, y entonces tenía que buscar un papel diferente para cada uno, que me permitiera distinguirlos rápida y claramente. Cuando agoté los papeles posibles, pasé a las telas. Mi tía sacó la idea de una de sus revistas, así que empecé a forrar mis libros y cuadernos con tela y plástico transparente, lo cual me permitía descansar un poco de los moñitos, corazoncitos, estrellitas y cachorritos.

La verdad es que funcionó bastante bien, parecía una chica cualquiera con cuadernos y libros cualesquiera, entrando y saliendo de casa sin palabras. Pero la calma precede a la tormenta, y llegó un día en que uno de mis compañeros de grupo político que, como solía suceder en esos casos, iba atrasado con los apuntes del CCH, me pidió prestados los míos. Si no recuerdo mal eran los de ciencias políticas y los de comunicación, así que le presté apuntes y libros “complementarios” que me permití añadir a la petición.

Se los presté sin pensar y sin ninguna precaución, y cuando noté que se tardaba más de lo habitual en devolvérmelos, se los pedí directamente, “no los tengo aquí” -me dijo esquivo, “están en la casa vieja”, que era el sitio donde nos reuníamos, “ya te los daré luego”. Pero una que es poco paciente, no podía esperar a luego. Bastante molesta fui a buscarlos yo misma, y efectivamente encontré mis libretas y libros por el suelo, con el plástico un poco desprendido,

por el uso descuidado supongo. Instintivamente abrí las libretas para revisar que estuvieran completos los apuntes, y en la primera página de ellas, al lado de mi nombre, vi que habían escrito, intentando imitar el mismo tipo de letra y con rotulador de color morado, “La Boba”, de manera que entonces, los cuadernos pertenecían a “Adriana La Boba”.

Me sentí muy dolida por el gesto dado el contexto en el que se había producido; se suponía que estaba con la gente concienciada, sensible, abierta, solidaria... quise explicarme, explicarlo... Pero luego lo pensé mejor, no era yo quien tenía que dar explicaciones. Puede que pareciera Adriana la Boba con esos cuadernos y libros forrados así, a esa edad, en ese colegio y con esos compañeros, pero tamaña bobería me permitió sobrevivir en los sitios de los cuales sí tenía que preocuparme.

Muy oronda me leí por fin mis libros forrados, no obligatorios, rodeada de la familia nuclear, extensa, de vecinos, amigos de los parientes, curiosos e invitados, que ignoraban su contenido. Así desfilaron con total parsimonia libros como la *Filosofía y Economía en el joven Marx*, de Sánchez Vázquez, o *La Comunicación Masiva en el Proceso de Liberación*, de Mattelart, e incluso, gracias también a Mattelart, le hice una charla a mis primos sobre *Cómo leer al Pato Donald* y ellos se sintieron felices de haber pasado unas tardes conmigo y Disney.

¿Novios o libros en San Valentín?

Y hete aquí que llegó el esperado día de San Valentín, ése tan esperado de mi primer año de bachillerato, donde ya tenía algo más parecido a novios, o en proceso de serlo-no serlo. Eran dos en concreto, con quienes podía conversar, debatir, pasear y hablar de cómo iba el mundo y de lo que hoy diríamos cultura en general, y con quienes ya no había risitas nerviosas, notitas indescifrables hechas de frases

de tarjetas de felicitación, desencuentros, peleas sin sentido y todas esas cosas típicas de la secundaria, al menos de la de mi época.

Suponía que, como mostraban en la tele y en mi antigua revista *Coqueta*, y en las revistas *Variedades* de mi tía, nos haríamos regalos románticos –aunque no tuviera muy claro qué quería decir eso en nuestras condiciones específicas–, conversaríamos también románticamente, y nos tomaríamos algún refresco o café igual de pobre, románticamente. Pero cuál fue mi sorpresa cuando de parte de ambos no recibí *más* que libros. Uno de ellos me regaló *Inventario*, de Benedetti, y el otro me regaló *Historias de Cronopios y de Famas*, de Cortázar (uno de los libros más entrañables que he leído). Y me los dieron en la puerta de entrada de casa, sin más, y se fueron unos minutos después, uno más minutos que otro, pero vaya, en conjunto, nada que hiciera pensar ni en horas, ni en medias horas, sólo en minutos.

Por supuesto, para ser honesta no hay nada que objetar a tan espléndidos títulos. Podía haber entrado en casa corriendo, para devorarlos de inmediato, como haría hoy en día. Podía incluso, poniéndome muy sentimental, pensar, y mucho, en cada uno de los chicos a partir de la elección de los libros que habían hecho. Me podía haber puesto psicoanalítica y haber cuestionado si me consideraban más bien ignorante y querían *cultivarme*.

Pero no, me dio por comentar en casa mi tamaña sorpresa al haber recibido en pleno día de los enamorados, dos libros, y nada más que dos libros. Dos novios (o equivalentes), y nada de flores, ni chocolates, ni salidas o palabras románticas, ni peluches, ni tarjetas con corazones o cupidos, ni adornos para el pelo, ni pulseras o bisuterías similares... sólo libros, unos minutos, y en la puerta del patio. ¿Tal vez esperaran que los libros hablaran por sí mismos? –pregunté, “¿y qué esperabas?” –me contestaron, “¡si todo el día estás leyendo, si no haces nada más!”

Eso no me parecía explicación suficiente del por qué de esos regalos, cómo iban a saber los novios lo que yo hacía o dejaba de hacer mientras no estábamos juntos -me dije. Pero me sorprendió

aún más la respuesta que recibí en casa porque, lejos de consolarme, me confundió aún más. Primero, porque al decírmelo, en el tono se intuía un pequeño reproche y no sólo una explicación, como si fuera mi *culpa*. Después, porque aparte de mis quehaceres que desde luego se ocupaban de que los realizara, no tenía ni idea de qué más era eso que no hacía porque leía *demasiado*, si tampoco me dejaban salir, ni hacíamos nada juntos en ninguna parte.

Reconozco que me llevó algunas horas reponerme de la sorpresa, pero no tantas como para demorar más la lectura. Empecé a leer diciéndome que lo hacía porque tal vez leyéndolos encontraría alguna pista, descifraría la clave o entendería algo más. Por supuesto, una vez que empecé a leer, me olvidé del asunto y de la sorpresa y hasta de los novios, creo que ya no salía con ninguno de los dos cuando acabé de leer mis regalos de San Valentín. Ya no recuerdo sus nombres, apenas recuerdo sus caras, ni sé si eran famas o cronopios, pero aún les agradezco infinitamente la decepción que me llevé ese catorce de febrero. Cómo quise a estos libros y cuánto los releí.

Tolkien, Süskind, Bradbury, Quiroga, Beauvoir, Carballido, Ibarguengoitia, Fuentes, Cortázar, Castellanos, Sabines, Onetti, Benedetti...

Afortunadamente, los amigos, amigas, novios, novias, amados y amantes fueron un excelente recurso para leer libros, muchísimo más ellas que ellos, en honor a la verdad, pero todas las contribuciones se agradecen igualmente. No sé ahora, y nunca supe, de quién eran todos los libros que nos íbamos pasando unas a otros y viceversa. Pero doy gracias a) a la generosidad, y a la preocupación de la madre de alguno, que no quería que en pleno bachillerato continuáramos leyendo sólo cuentos (como los de Tolkien por ejemplo) y se encargó de surtirnos, de unos cuantos títulos más; b) a las habilidades y solidaridades de otros, que nos “proveían” de libros, en el entendido de que se trataba de artículos de primera necesidad; c)

al enamoramiento, que me hizo seguir al ser amado hasta sus clases de Literatura dramática y Teatro como oyente; y d) a los escritores, que consiguieron que una curiosidad se volviera hábito.

No se trataba de un solo grupo proveedor de libros ni mucho menos, al menos tenía tres o cuatro redes de amigos-amigas, que a su vez tenían más amigos-amigas y, a través de todos, circulaban libros y más libros. Tampoco es que cada red se compusiera de decenas de personas, apenas si se trataba de un puñado, pero era más que suficiente, incluso demasiado. Claro está que todo esto lo evaluó en comparación al acceso a libros que había tenido hasta entonces, y no tengo ni idea de qué opinaban los demás beneficiarios.

El flujo era considerable y en ocasiones, desbordaba con creces todas mis expectativas. A cambio, tenía que mantener un ritmo de lectura también considerable, entonces ya fue verdad que no hacía nada más que leer, porque la regla implícita de esa red bibliófila era que en cuanto alguien pedía el libro que una tenía, sólo disponía de un par de días para entregarlo sin mayor demora. Nunca se sabía quién había leído el libro antes o lo leería después, se trataba de una petición anónima que le llegaba a una a través de su “uña y carne”, de manera que una no podía apelar a la bondad de nadie con cara y ojos para conseguir una prórroga.

Fue como la rotura de un dique, nadie podía pararlo y yo creo que tampoco nadie quería. Por ese torrente me pasaron por ejemplo y sólo por mencionar los primeros libros que me pasan por la cabeza: *El Señor de los Anillos*; *El Hobbit*; *El Perfume*; *Crónicas Marcianas*; *Fahrenheit 451*; *Cuentos de amor, locura y muerte*; *Cuentos de la Selva*; *Memorias de una joven formal*; *La plenitud de la vida*; *La sangre de los otros*; *La invitada*; *La fuerza de las cosas*; *El segundo sexo*; *Té juro Juana que tengo ganas*; *Las muertas*; *La región más transparente*; *Aura*; *Las buenas conciencias*; *Agua Quemada*; *Rayuela*; *El eterno femenino*; *Los convidados de Agosto*; *Tarumba*; *Algo sobre la muerte del mayor Sabines*; *Juntacadáveres*; *El Astillero*; *La Tregua*. Todos ellos, ahora, libros de mi corazón.

También es cierto que unos cuantos de los libros que me llegaron los pasé sin leer porque simplemente no me llamaban la atención, ahora mismo no podría decir cuáles fueron, pero visto en retrospectiva, me parece una lástima haber perdido la oportunidad de leerlos.

Algún que otro ejemplar lo pedí expresamente, como *El Capital*, de Marx y las historietas de *Mafalda*, de Quino. No los había leído y me parecieron indispensables, pero ambas peticiones me hicieron pasar una vergüenza enorme y me hicieron sentir la más tonta de entre todas. El primero, porque aún cuando todo mundo hablaba de él con fluidez y lo citaba en repetidas ocasiones, la pregunta directa me llevó a averiguar que nadie en kilómetros a la redonda lo había leído realmente, excepto yo. Y las segundas, porque a aquellas alturas de nuestra alfabetización, todo el mundo ya las había leído menos yo.

Pero lo más importante de aquel torrente de libros es que me hicieron sentir lectora; entendí la necesidad de leer “lo que fuera” de mi madre: a ella le cortaron el afluente de pequeña y luego siempre tuvo sed. Lo importante era aprovechar y leer todo lo que se pudiera, porque una nunca sabe cuándo se presentará la oportunidad y podrá tener otro libro que leer en las manos.

Como decía Mompou, la música más simple y sencillamente escrita, es la más difícil de interpretar

Algo parecido decía mi director de tesis de la licenciatura, “lo verdaderamente difícil es escribir fácil”, hacer accesible y cotidiano lo que es producto de la reflexión y el trabajo teórico meditado. En efecto, en este género autoetnográfico, parece fácil contar las propias experiencias que quién mejor que una conoce, e interpretarlas teóricamente, porque finalmente a eso se dedica una. Pero no lo es. Primero, porque aquello que uno debe interpretar y analizar, el conocimiento que una construye, no es sobre objetos ajenos como en las ciencias naturales, si no que se trata de los otros como yo, de una misma y de las cosas que vive, piensa y siente, en una época

y en un sitio concretos, con todas las limitaciones que una misma tiene por pertenecer a esa época y sitio. Y segundo, porque leer y comprender cómo se reproduce, mantiene y cambia la sociedad en los episodios “sin importancia” de la vida diaria, requiere dejar los “datos por hecho” a un lado, para poder ver como extraño lo que siempre ha sido “natural”.

Aquí, en estos pocos episodios, tengo entre manos palabras mayores. Nociones y conceptos, como la memoria y el género; paradigmas, como el de las relaciones de poder, categorías reificadas como la adolescencia; perspectivas completas como la situada y la postcolonialista; todo se puede leer como lo que constituye la subjetividad y se puede describir como las tecnologías del yo que la conforman a una. Pero básicamente, el interés que esta experiencia pueda tener no es discutir aquí esas nociones y categorías que ya tienen sus propios espacios, lo importante es lo que puede evocar en otras y otros. ¿Qué les permite “leer” de sus propias experiencias? ¿Qué de estos episodios mantiene y reproduce lo social y qué de ellos lo transforma? ¿Qué resulta evidente que performa mi género, mi etnia, mi clase? ¿Qué invisibiliza cómo las y los otros forman a otras mujeres? ¿Qué de los objetos “libros o revistas” median lo que vamos siendo, de manera diferente a otros objetos?

Leer me hizo una chica en particular, algunas veces una chica como cualquiera, otras veces me hizo una chica rara, todo en función del lugar desde donde se mirara. Leer me hizo una chica concientizada de su contexto y otras veces una chica completamente alienada a él. Me hizo una chica que leía; y luego no leía cosas adecuadas. Una persona que pudo acceder a otros significados, a otros símbolos y a otros sentidos y una persona que pudo entender los significados, símbolos y sentidos propios. Me hizo adolescente y luego me sacó de la adolescencia. Me hizo rebelarme, cuestionar y me hizo tener fe...

Pero cuáles son estos lugares y cuáles son las categorías relevantes para entenderlo, esto debe decidirlo quien lo lea cada vez, debe sentirlo quien sea afectado por su lectura. Debe ponerlo quien esté o haya estado en posiciones que lo hagan posible de leer. Yo

sólo puedo hacer una propuesta donde, desde aquí y ahora, miro cuáles son los límites y posibilidades que se conjugaron para que yo emergiera como lectora.

Sólo enuncio dos lentes que fui conformando y que permiten ver la realidad de otra manera a como nos la cuenta el sentido común, por si sirven. Son dos herramientas de comprensión que me han sido útiles y que en parte he/se me han generado por mi “ser lectora”. La primera es entender que el contexto no determina, y la segunda, que la memoria es una relación social.

De la primera, me gustaría remarcar que todo lo que hice para ser lectora y me hizo ser lectora no se puede explicar por una simple relación de influencia, en una sola dirección. No hay algo que me haya determinado. Aparte de que hay muchísimas cosas en juego, empujando en varias y contrarias direcciones, también yo hice esa influencia, la fui construyendo, la fui dibujando en varios y diversos sentidos, la fui buscando y repeliendo. Por ello lo que leí, importa tanto como lo que no leí, lo que me recomendaron marcó tanto como lo que yo escogí. La primaria y secundaria experimentales que hice, que no contemplaban las asignaturas clásicas como la lengua o la literatura, fueron tan importantes como los maestros que dirigieron mi criterio de alguna manera, o como el bachillerato directamente orientado a las ciencias sociales. La lectura me hizo, la hice y me “deshizo”, todo en la misma medida.

De la segunda, tengo que decir que la memoria es una relación social, la hacemos entre todos y la “dejamos” en determinados emplazamientos, sin los cuales la memoria no está completa. Está hecha de lenguaje y de afectos, entretejidos con unos lugares, si y solo si se dan unas situaciones. No recordamos si no nos recuerdan y si no nos hacen recordar y si no hay objetos con qué recordar lo vivido, objetos que tienen trozos de lo vivido en unos lugares y no otros. Así que me dejé muchas cosas por decir y muchos libros por enunciar seguro, y aunque sólo me haya “acordado” aquí de la adolescencia, eso no es todo mi “ser lectora”, que aún se sigue haciendo. Así que, si adolescente significa no pintar nada en las decisiones y que no te

pregunten nunca la opinión para decidir tu futuro, pues entonces, más o menos en esa etapa, leí estas cosas. Y adquieren sentido aquí y ahora porque para mí, entrar en la lectura significó inaugurar el camino para construirme como la mujer que estoy siendo. Al tiempo que significó dejar de ser mi otra posibilidad, una chica a la cual no le interesara leer casi en absoluto.

Bibliografía

AA.VV., *Cuentos del País de las Nieves*, México, Renacimiento, 1962.

BEAUVOIR, Simone, *La invitada*, Traducción de Silvina Bullrich, 2ª edición, Barcelona, Edhasa, 1955.

BEAUVOIR, Simone, *La sangre de los otros*, Traducción de Hellen Ferro, 1ª edición, Buenos Aires, Siglo XX, 1945.

BEAUVOIR, Simone, *El segundo sexo*, Traducción de Alicia Martorell, 1ª edición, Madrid, Cátedra, 1998 [1949].

BEAUVOIR, Simone, *Memorias de una joven formal*, Traducción de Silvina Bullrich, 1ª edición, Buenos Aires, Sudamericana, 1958.

BEAUVOIR, Simone, *La plenitud de la vida*, Traducción de Silvina Bullrich, 2ª edición, Buenos Aires, Sudamericana, 1974.

BEAUVOIR, Simone, *La fuerza de las cosas*, Traducción de Ezequiel de Olaso, 2ª edición, Buenos Aires, Sudamericana, 1971.

BENEDETTI, Mario, *Inventario*, 2ª edición, México, Nueva Imagen, 1978.

BENEDETTI, Mario, *Pedro y el Capitán*, 1ª edición, Alianza, 1979.

BRADBURY, Ray, *Crónicas Marcianas*, Traducción de Francisco Abelenda, 8ª edición, Barcelona, Minotauro, 1997.

BRADBURY, Ray, *Fahrenheit 451*, Traducción de Francisco Abelenda, 1ª edición, Buenos Aires, Minotauro, 1974.

BRAUNSTEIN, Néstor; PASTERMAC, Marcelo; BENEDITO, Gloria; SAAL, Frida, *Psicología, Ideología y Ciencia*, 1ª edición, México, Siglo XXI, 1975.

CASTELLANOS, Rosario, *Los convidados de agosto*, 3ª edición, México, ERA, 1975.

CASTELLANOS, Rosario, *El eterno femenino*, 1ª edición, México, Fondo de Cultura Económica, 1976.

CERVANTES, Miguel de, *Don Quijote de la Mancha*, México, Editores Mexicanos Unidos, 1978. [1605]

CORTÁZAR, Julio, *Historias de cronopios y de famas*, 4ª edición, Buenos Aires, Minotauro, 1968.

CORTÁZAR, Julio, *Rayuela*, 2ª edición, Barcelona, Bruguera, 1980. [1963]

DORFMAN, Ariel y MATTELART, Armand, *Para leer al Pato Donald*, 1ª edición, Buenos Aires, Siglo XXI, 1970.

FUENTES, Carlos, *La región más transparente*, 1ª edición, México, Fondo de Cultura Económica, 1958.

FUENTES, Carlos, *Las buenas conciencias*, 1ª edición, México, Fondo de Cultura Económica, 1959.

FUENTES, Carlos, *Aura*, 1ª edición, México, ERA, 1962.

FUENTES, Carlos, *Agua Quemada*, 1ª edición, México, Fondo de Cultura Económica, 1983.

GILLY, Adolfo, *La Revolución Interrumpida*, 1ª edición, México, El caballito, 1975.

GODOY, Ema, *Que mis palabras te acompañen*, 1ª edición, México, Jus, 1972.

HOFFMANN, Ernest; DUMAS, Alejandro; PETISKA, Eduard, *El Cascanueces*, 2ª edición, México, Extemporáneos, 1974.

IBARGÜENGOITIA, Jorge, *Las muertas*, 1ª edición, México, Joaquín Mortiz, 1977.

MARX, Karl, *El Capital*. Tomos I, II y III, Traducción de Pedro Scaron, 1ª edición, México, Siglo XXI, 1975. [1867; 1885; 1894].

MATTELART, Armand, *La Comunicación Masiva en el Proceso de Liberación*, México, Siglo XXI Editores, 1973.

MONSIVÁIS, Carlos, *Días de guardar*, 1ª edición, México, ERA, 1971.

MONSIVÁIS, Carlos, *Amor perdido*, 2ª edición, México, ERA, 1986.

ONETTI, Juan Carlos, *El astillero*, 1ª edición, México, Seix-Barral, 1961.

ONETTI, Juan Carlos, *Juntacadáveres*, 1ª edición, México, Seix-Barral, 1964.

PACHECO, José Emilio, *Morirás lejos*, 1ª edición, México, Joaquín Mortiz, 1967.

PACHECO, José Emilio, *El principio del placer*, 1ª edición, México, Joaquín Mortiz, 1972.

PONIATOWSKA, Elena, *Hasta no verte Jesús mío*, 1ª edición, México, ERA, 1969.

PONIATOWSKA, Elena, *La noche de Tlatelolco*, 1ª edición, México, ERA, 1971.

QUINO, *Mafalda* 1 al 12, 1ª edición, México, Ediciones Nueva Imagen, 1977.

QUIROGA, Horacio, *Cuentos de amor, de locura y de muerte*, 1ª edición Santiago de Chile, Andrés Bello, 1995 [1917].

QUIROGA, Horacio, *Cuentos de la Selva*, 1ª edición, México, Albatros, 2003. [1918].

SABINES, Jaime, *Tarumba*, 1ª edición. México, Joaquín Mortiz, 1956.

SABINES, Jaime, *Algo sobre la muerte del mayor Sabines*, 1ª edición, México, Joaquín Mortiz, 1973.

SÁNCHEZ VÁZQUEZ, Adolfo, *Filosofía y Economía en el joven Marx*, 1ª edición, México, Grijalbo, 1982.

SÜSKIND, Patrick, *El Perfume. Historia de un asesino*, Traducción de Pilar De Giralt Gorina, 1ª edición, Barcelona, Seix-Barral, 1985.

TOLKIEN, John Ronald Reuen, *El Señor de los Anillos*, Traducción de Matilde Horne y Luis Domènech, Barcelona, Minotauro, 1980. [1954]

TOLKIEN, John Ronald Reuen, *El Hobbit*, Traducción de Manuel Figueroa, Barcelona, Minotauro, 1982. [1937]